

I. S. MERLÍN

Memoria del infierno



GRAVITACIONES

© IVÁN SUÁREZ SANTANA, 2020

EDITORIAL GRAVITACIONES
33208 Gijón, España
www.gravitaciones.com
info@gravitaciones.com

Colección	POESÍA, 12
Primera edición	06/2020
Dirección editorial	Juan Ramón Gallo
Ilustración de cubierta	Ronny Pérez Suárez
Impresión	Estugraf Impresores S. L.
Depósito legal	AS 1172-2020
ISBN	978-84-948281-3-3
IBIC	DCF

PRINTED IN SPAIN

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

a modo de

prólogo

KARYON KUMA

Inadaptado, jamás distraído, I. S. Merlín registra en su poesía con mirada frontal el peor de los mundos posibles.

Al igual que en su obra fotográfica, el poeta discurre entre personajes malditos que son incapaces de huir de la angustia. En total coherencia, Merlín desmiembra el *ethos* y su estructura irracional, no a salto de mata ni coloreando lo terrible de la temporalidad, sino señalando sin complacencia, e incluso extendiendo su agudeza más allá del antropocentrismo hasta describir el maltrato animal del que ha sido testigo, por citar ejemplos, en su Matanzas natal. Eso es lo que reflejan sus instantáneas de gallos despedazados en juegos de pelea o sus primeros planos de músculo y sangre: una denuncia de la extrema barbarie.

Ya desde los primeros versos de su libro *Memoria del infierno*, Merlín se revuelve del otro lado del mundo feliz. Poesía de realismo sucio, oportunamente sofisticada e incómoda, es su

legado, apuntando en sentido opuesto al discurso hedonista de —digamos— un Onfray, que busca en el *eros* la receta perfecta de la experiencia vital, un punto de anclaje para interpretar toda metafísica.

Así en Montevideo:

*Amor mío,
puta mía,
la mano que hoy brinda contigo
mañana comprará el más avispado de los puñales.
El que pierde la fe
tiene que vivir como un dios.*

O en Con el diablo en el cuerpo:

*Mi cuerpo es tan solo un instrumento del instinto,
de la saliva derramada,
una corteza hipotecada,
el recinto donde un día los gusanos cantarán de júbilo.*

Filosofía y poesía están alineadas en la obsesión de este curador del horror, tan universal como singular. Es el testigo que se detiene *a tiempo completo* donde muchos viran la cara, ese que con su taller de lupas a cuestas va dando volumen al fenómeno mismo y redimiendo el caos con su obra, plantado en un pesimismo alertador e incansable.

*La memoria es una trampa, María,
una red sedienta que no merece el sacrificio del pez,
lo que el perro calla,
los ojos del profeta que nombra al traidor,
el cigarro de un loco que se sienta en la guagua,
lo que Dios esconde.*

*La memoria es una trampa y yo no soy el tigre
que caerá en ella.*

Superviviente en la Europa posmoderna, emigrante cubano, ciudadano de la nada, I. S. Merlín es el poeta desterrado a perpetuidad acaso como su inmenso coterráneo Julio San Francisco. «Poeta poeta» —al decir de Lilliam Moro—, la voz de Merlín va dejando una herencia, más que humanista espiritual, un testimonio del uno y del todo en estremecedor equilibrio.

• • •

A CUÁNTOS FALSOS DIOSES he adorado:
al del alcohol,
al del sexo,
a ese malcriado del ego que se revuelca en su propia bilis,
al envidioso, cuyos ojos explotan al mirar lo ajeno,

a ese otro, el que rompe los cristales por miedo a ver su verdadera cara,
al racionalista, que tan insoportable hace mi vida,
al imprudente negador,
ese otro pequeñín que no acepta que su tiempo de juego ya pasó,
o el sórdido glotón que todo lo cree saber,
que no siente, es ajeno y nada hay sobre él,

al salvaje lujurioso que se engaña pensando en el amor,
al inveterado perezoso que no se aparta de la cama,
al enfermizo que colecciona hospitales,
a ese tan idiota que se cree en una cruz.

Iracundos engendros que me dominan y deciden por mí.
A cuántos dioses he adorado
inútilmente.

QUISO COGER LA LUNA en las turbias aguas del Yangtsé
y abrazó la muerte desoladamente borracho.
Quiso girar al ritmo de la tierra
y no aprendió a danzar en el eje de las llamas de la hoguera.
Quiso llegar a América
y en una playa desconocida al sur de México varó su vida
con los caníbales.
Quiso tener minas de diamantes, pedrerías, oro, marfil, mujeres,
y la sífilis lo besó tan profundamente que se pudrieron
sus miembros entre las manos de las coristas.
Quiso pintar de un golpe amarillo toda la angustia humana
y la pólvora pintó mejor sobre su cara.
Quiso decir *amor, humildad, perdón*, y regalaba flores;
todo el odio se posó en su mirada.
Quiso enamorar a la muerte, bailar con ella, tocar sus tetas,
y en eso se esfumó como un grito en una cueva.
Quiso conquistar el mundo
y él fue la conquista.
Quiso abrir las compuertas de la libertad, romper los muros,
y fue a dar en una celda de París su último discurso.
Quiso hablar con Dios, entender la Trinidad, salvar las almas;
hoy, en un sanatorio, Dios le hace las visitas los domingos.
Quiso decir *patria, madre, sueños*,
y escupió de asco y lloró hasta reventar.
Quiso tomar un trago
y no alcanzaron todas las botellas para amortiguar su sed.
Quiso vivir la eternidad
y solo pudo dar unos pasos temblorosos.
Quiso nacer de un águila y una serpiente,
y ya era póstumo.

Quiso ser tantas cosas, ser todos los hombres, ser la infinitud,
el universo y sus leyes todas,
y no fue nadie.
Quiso entender el infierno del diablo
y no regresó para contarlo.
Quiso fundar una ciudad de luces, de vida,
y hoy es Nueva York.
Quiso decir que era el Hijo de Dios, el camino, lo esperado,
y está en una cruz sobre tu cama.
Quiso escribir un poema
y no pudo hacer otra cosa que blasfemar.
Quiso ser historia, memorial, cambiar el orden,
y quedó colgado en el olvido.
Quiso ser agua
y fue pantano.
Quiso dar amor
y es un asesino en serie.
Quiso ser lo que no es
y él es el porqué y el cuándo.
Quiso no ser nada
y acabo siendo todas las cosas.
Quiso el olvido
y no es más que memorias.
Quiso construir una casa, un país,
y edificó una cárcel.
Quiso resucitar
y lo mataron.
Quise ser yo.

TREINTA Y TRES AÑOS ya tienes, hijo de puta,
mira qué flaco y desgarbado estás,
cuántas ruinas en el mapa de tu cara,
en tu cuero amarillento,
hambriento,
alcohólico,
detenido en piedras y dolores,
aprisionado a los huesos como sanguijuelas que se alimentan fanáticas,
las venas rajadas como manzanas violadas,
ulceradas,
tantas cicatrices no caben en un cuerpo,
en una vida,
en un solo hombre.

Mira cuánta inutilidad preñada en los ojos a punto de nacer,
en los otros,
en las cosas en sí,
en lo que son,
en lo que representan en su geografía por catalogar.
Este que soy o seré cuando las tumbas tengan ya su nombre
 en lejanas rosas amarillas,
esta contradicción,
esta metáfora,
estos amores oxidados,
envenenados,
sangrando piel adentro semejante a gusanos que intentan salir
 y transformarse
como ruido,
presagio,

ser en sí y todo eso que es la metamorfosis
y lo que no,
la causa de todo fuera de mí,
en ti y en los otros, en los mapas que los determina como muestras,
cual disparo a quemarropa,
como navaja en el cuello,
como interpretación del mundo.

Mira cuántos recuerdos como piedras enfermas taladran la garganta,
indiferentes en un costado del camino,
a orillas de un hombre enajenado
cual pez en la roca de carnada,
acordeón en medio de la noche inusitada
en una mesa de juego,
en los caprichos de la muerte que se aferra al sexo de su hombre
espantada tras tantos siglos a su espalda.

Mira cuántos ecos en esos gritos ahogados,
en esos recuerdos como gusanos en la carne,
como representación
o cosas en sí.
Ay, viejo amigo,
cuánto tiempo contigo a cuestas y el demonio aún
nos espera en la otra orilla.

EL CIELO Y LAS PUTAS

a Daniela

Indiferente, adicta, sonámbula,
tatuada de ayeres,
babeada de alcohol,
de saliva de machos y rufianes,
envuelta en cicatrices y abortos,
mítica de mares y algas,
de besos tan lejanos como flores secas en la primavera,
de profecías y azares perfumada,
jugaba con mi vida cual puta enamorada.
Envenenó mi sangre su sexo apuñalado,
sus ojos maldecidos en la letra de Dios.

Proletaria,
sangraba en mis suicidios,
amor,
demonio mío,
la locura de tus pechos como revoluciones tardías,
tus muslos de utopías guerrilleras,
de mayo de París y liberación sexual,
de peyote a la orilla de los ríos,
de desnudarse el alma sin permiso.

La vida:
tus mañanas y tu vodka bíblico,
tu sed incurable,
los círculos anónimos,

evangelizabas mi lengua como una gata mañanera,
mojada,
abierta,
te olvidabas en espasmos,
contorsiones,
eras sucia,
ávida,
igual a todas.
Olías a olvido,
a inciensos de yoga por las tardes en posturas muy indias,
a sábanas sudadas,
a tierra lloviznada,
y te venías,
te venías como una perra santa.

Indiferente pisabas la ciudad, como si con ello
las esferas se detendrían y el orden de las cosas
retendría tus huellas,
las evidencias de tu vida como en una escena del crimen,
lo que te justifica o te hunde.

Lo que eres
serás.

MADRE, ESTA COSA QUE SOY es el fruto de tu vientre,
una desterrada parábola descifrando su círculo en el río del sueño,
en los cambiantes números que rigen la muerte,
los abismos donde he de vivir.

Todo pasa, madre,
como un trago de ron en la memoria,
una tarde en la luna de los locos,
un sueño perdido en el filo de una navaja
cuando la noche es aún más negra.

Este es tu hijo, ¿o es que ya no lo conoces?

Su tiempo es tiempo muerto,
un huésped de la vida,
un hombre en la ciudad sangrienta,
la irreverencia de una larga noche en la mesa de los judas,
negado, aun cuando el gallo no cantó.

Este es tu hijo,
un engendro de cosas sin descifrar,
cosas bellas y monstruosas,
cosas al fin.

Madre,
si me condenaste a la vida
para qué quiero la muerte.
La memoria es como una desterrada *geisha*
besándome hasta sacarme el último centavo.

SOY UN MALDITO POETA DEL TRÓPICO,
me detengo en las vidrieras y miro mi cara.
Hablo con la que quedó preñada del padre,
con el vendedor de globos que cuenta un historial de espíritus
que poseen a su madre,
con el obrero que terminó su trabajo y no puede pagar las lentejas
por las que perdió su reino,
con el ilegal que vende dólares y conjetura de política.

Hablo con cualquiera que se cruce en mi camino.
Como un juego del pensamiento,
especulo sobre los árabes y el conflicto islámico,
blasfemo del Papa,
fumo una pipa y trago el alquitrán que destruye mi garganta.

El insomnio.
La miro sobre la cama envuelta en sus abismos,
quién sabe lo que está soñando.
Solo un hilo de baba en sus labios me recuerda que todo es
un segundo,
una idea en el dilema entre ser y ver,
los otros y la fugacidad del tiempo en la sensación de una mujer,
creer la realidad de que todo es esa imagen dormida y babeada
sobre la cama.

